



ron ocasion de ganar las voluntades, así del pueblo como de su padre, en tanto grado, que, sin embargo que era hijo menor, quedó nombrado por conde de Barcelona: mejoría que le fué perjudicial y le acarrió la muerte, como luégo se dirá.

Este príncipe casó con una señora, hembra de mucha virtud, y que fué hija de Roberto Guiscardo, normando de nacion, y gran señor en Italia, segun que lo refiere cierto autor. Esta gente de los normandos en aquel tiempo era muy nombrada; la fama de su valor volaba por todas partes, y estaban apoderados de lo postrero de Italia y de Sicilia. Fundó esta condesa dos monasterios, el uno con advocacion de San Daniel, en el valle de Santa María, tierra de Cabrera; el otro cerca de Girona, donde despues de la muerte de su marido, renunciado el

siglo y sus comodidades, pasó muy santamente lo restante de su vida. En el un monasterio y en el otro puso religiosas de San Benito. Hijo desta señora fué D. Ramon Arnaldo ó Berenguel, que sucedió á su padre en el condado de Barcelona. Por este mismo tiempo, Armengol, conde de Urgel, hacia la guerra á los moros que quedaban por aquellas comarcas, y Guillen Jordan, conde de Cerdania, perseguia los herejes arrianos, que á cabo de tantos años tornaban á brotar por aquellas partes. Éste castigaba aquella mala gente con destierros, confiscacion de bienes, con infamia y con muertes que daba á los pertinaces. Por el esfuerzo de Armengol se ganaron de los moros muchos pueblos de la ribera del rio Segre; en especial la ciudad de Balaguer, cabeza del condado de Urgel, volvió á poder de cristianos.

### CAPÍTULO XLIV

#### Cómo los normandos fueron á Italia.

El nombre de los normandos fué muy conocido los años pasados por los grandes daños que hicieron en las costas de España y de Francia; mas por estos tiempos se hicieron más famosos, cuanto extendieron la gloria de su esfuerzo en las partes de Italia, y por fuerza de armas fundaron en ella un nuevo reino y señorío, que dura hasta nuestros tiempos, aunque mudada diversas veces la sucesion de los príncipes que le han poseido y poseen. Dará mucha luz á esta historia saber la origen desta gente y la ocasion que tuvieron para pasar en Italia, á causa de estar sus cosas en lo de adelante muy mezcladas con las de España. Normandos, que es lo mismo que hombres septentrionales, se llamaron en particular todos aquellos que entre la provincia de Dania y la Cimbrica Chersoneso se extendian por todas aquellas marinas del mar Germánico, y poseian las islas que por allí caen; hombres fieros y bárbaros, en el vestido y manera de vida salvajes, de costumbres extraordinarias, pero muy diestros en el arte de navegar, por el ejercicio ordinario que tenian de ser corsarios. Luitprando, que floreció por estos tiempos, dice que los normandos eran los mismos que los rusos ó rutenos. La verdad es, que en un mismo tiempo estas gentes se derramaron como dos rios arrebatados, los rusos por las provincias de Oriente, de donde vienen los de Polonia; los

normandos por las de Occidente en que hicieron grandes efectos, en particular en tiempo de Carlos el Simple, rey de Francia, asentaron en aquella parte de aquel reino, que antiguamente llamaron Neustria, y despues del apellido destas gentes se llamó y se llama Normandía, como se dijo en otro lugar.

Traian por capitán á uno llamado Rolon: naturalmente tenian grande apetito de mandar, eran acostumbrados á fingir y disimular, dados al estudio de la elocuencia y ejercicio de la caza, fuertes para sufrir todo trabajo, hambre, calor y frio; preciábanse de andar bien vestidos y arreados; en lo demas eran de condicion soberbia y desapoderada. Estas eran las virtudes y vicios de los normandos y su natural; con la comunicacion de los franceses, cuya condicion es mansa, se mitigó en parte su fiereza y se amansaron sus costumbres. Del linaje de Rolon hobo uno llamado Guillermo Notho, sétimo duque de Neustria ó Normandía: éste, por testamento del rey Eduardo el Santo, juntó al ducado de Normandía el reino de Ingalaterra en el tiempo que se hacia la guerra de la Tierra Santa. Para apoderarse de aquel reino pasó en una flota á Ingalaterra, y en la primera batalla venció á Haroldo, su competidor, y le quitó la vida y el reino. De allí, por tener aquellos reyes buena parte de la Francia, resultaron perpétuas guerras entre franceses y ingleses, que



comenzaron poco ántes de los tiempos en que va nuestra historia.

De Francia pasó á Italia un ejército de los normandos con esta ocasion. Hay en Normandía una ciudad que se llamó en otro tiempo Constanca Castra: en su comarca poseía un pueblo que se llama Altavilla, uno llamado Tancredo, príncipe de noble y antiguo linaje, dichoso en sucesion, porque de dos matrimonios tuvo no ménos que doce hijos. Guillermo, por sobrenombre Brazos de Hierro, Drogo, Wifredo, Gaufrédo, Serlo, nacieron de la primera mujer, cuyo nombre no se sabe; la segunda mujer, llamada Fransendis, tuvo éstos: Roberto, Guiscardo, Malegerio, Guillermo, Alveredo, Humberto, Tancredo y el menor de todos Rogerio, que hizo á todos ventaja en hazañas y en mayor poder y señorío. La madre cuidaba de los alnados como de los hijos propios, y así ellos se querian bien sin que tuviesen entre sí diferencias ni envidias. El padre los crió y amaestró en las armas y en las otras artes que pertenecian á gente noble. Eran denodados, de buen consejo, con que enfrenaban su temeridad; la osadía no los dejaba ser cobardes. Lo que el padre tenía era poco; temian que si lo dividian no resultasen dellos riñas y contiendas; determinaron irse á otra parte á vivir y heredarse.

Italia estaba dividida en muchos señoríos, ardía en bandos y guerras. Los moros tenían á Sicilia y las otras islas del mar Mediterráneo: por la una causa y la otra se les ofrecia buena ocasion para mostrar su valor y esfuerzo. Los hermanos mayores pasaron en Italia; siguióles un buen golpe de gente; ejercitáronse en las armas, y ganaron honra primero en las guerras de Lombardía y de Toscana, despues pasaron á tierra de Labor, parte del reino de Nápoles, do los príncipes el de Salerno y el de Capua se hacian guerra muy reñida por diferencias que tenían entre sí. Asentaron primero con el capuano, despues siguieron al salernitano que les hizo más aventajado partido, y con esta ayuda quedó con la victoria. Concluida esta guerra, á instancia de Maniaco, gobernador de la Pulla y de Calabria por el emperador de Grecia, emprendieron la conquista de Sicilia contra los

moros que della estaban apoderados. Hicieron en breve buen efecto, ca muchas ciudades volvieron á poder de cristianos, y en diversos encuentros desbarataron los moros, y los corrieron por toda la tierra hasta lanzarlos de aquella isla. Tras esto, como es ordinario, resultaron sospechas y desgustos entre los griegos, que pretendian quedar señores de aquella isla, y los normandos que aspiraban á lo mismo. De las palabras vinieron á las manos: quedaron los griegos vencidos y privados de aquella su pretension.

Destos principios comenzaron los vencedores á fundar y poner los cimientos de un nuevo estado en Italia y en Sicilia, que en breve llegó á ser muy poderoso y rico, porque á la fama de lo que pasaba, los hermanos menores que quedaban en Francia, fuera de solos dos que perseveraron en casa de su padre, cuyos nombres no se saben, acudieron con nuevos socorros de gente en ayuda de sus hermanos mayores, con que mucho se adelantaron en poder y señorío. Todo lo que se ganó por aquellas partes, se dividió entre los mismos que lo conquistaron; pero muertos los demas, finalmente quedaron por señores de todo Roberto Guiscardo y Roberto. Roberto se llamó duque de Calabria y de la Pulla, Rogerio fué conde de Sicilia, estado ganado de los moros y griegos por las armas suyas y de su hermano. Roberto, de dos mujeres que tuvo, Alberada y Sigelgayta, hija del príncipe de Salerno, dejó estos hijos: Boamundo, Rogerio y una hija (si es verdad lo que dicen los catalanes) que casó con D. Ramon, conde de Barcelona, como ya dijimos. De Rogerio, conde de Sicilia, nació otro Rogerio, que mudó el apellido de conde en el de rey, y acabados los demas deudos, parte que fallecieron, parte por haberles él quitado lo que tenían, quedó solo con todo lo que los normandos en Italia y en Sicilia poseian; demas desto África y Grecia le pagaban tributo: tan grande era su poder. Esto se tomó de Gaufrédo, monje que escribió los hechos de los normandos en Italia á instancia del mismo conde Rogerio, en historia particular que della compuso: pero dejada Italia, volvamos á España y á nuestro cuento.

## CAPÍTULO XLV

Que se emprendió la guerra contra Toledo.

Destá manera procedian las cosas de los normandos prósperamente en Italia. En España los ciudadanos de Toledo no cesaban con cartas y mensajeros de solicitar á los nuestros para que emprendiesen aquella conquista y se pusiesen sobre aquella ciudad: que el rey Hiaya, ni se mejoraba con el tiempo, ni por el riesgo que corria enfrenaba sus apetitos, ántes por no irle nadie á la mano de cada dia crecia en atrevimiento y crueldad; finalmente, que pasaban una vida muy desgraciada, rodeada de miserias y de angustias, y que sólo se entretenian con la esperanza de vengarse; que si los cristianos no les acudian, se determinaban de pedir á los moros que les acorriesen, pues cualquiera sujecion era tolerable á trueque de librarse de aquella tiranía: toda servidumbre es miserable, pero intolerable servir á un loco y desatinado. El rey D. Alonso andaba perplejo sin saber qué partido debía tomar: combatianle por una parte el recelo de lo que se podría pensar y decir, por otra la esperanza del gran provecho si ganaba aquella ciudad. Acordó tratar el negocio en una junta de caballeros,

gente principal y grave: los pareceres fueron diferentes, como suele acontecer en semejantes consultas. Los más osados y valientes eran de parecer se emprendiese luégo la guerra, que decian sería de mucho interes y honra, así para los particulares, como en comun para toda la cristiandad. Encarecian la grande presa y los despojos con que se animarian los soldados, la importancia de quitar una ciudad tan principal á los moros, la buena ocasion que se les presentaba de salir fácilmente con la empresa, que si se pasaba, por ventura no volveria tan presto; que en el suceso de aquella guerra se ponia en balanzas todo el poder de los moros en España.

Los más recatados extrañaban esto; decian que en ninguna manera se debía emprender aquella conquista, pues era contra conciencia y razon quebrantar la confederacion y amistad que tenían asentada con aquellos reyes. En conformidad desto, uno de los caballeros que seguian este parecer, hombre anciano y de mucha prudencia, habló en esta manera: «¿Con qué justicia, oh rey, ó con qué cara haréis



»guerra á una ciudad que en el tiempo de  
 »vuestro destierro, cuando os hallastes pobre,  
 »desamparado y sin remedio, os recibió cortes-  
 »mente y con mucho regalo? Principio que fué  
 »y escalon para subir al reino que ahora teneis.  
 »¿Qué razon sufre dar guerra al hijo, sea cuan-  
 »malo le quisiéredes pintar, del que con su ha-  
 »cienda y con su poder os ayudó á volver al  
 »reino que os quitó vuestro hermano? Hospé-  
 »dóos amorosamente y tratóos no de otra ma-  
 »nera que si fuérades su hijo, para obligaros  
 »al cierto que á sus sucesores los tuviédes en  
 »lugar de hermanos; que no debe ser menor la  
 »union que resulta del agradecimiento y amor,  
 »que la que causa la naturaleza y parentesco.  
 »Difícil cosa es persuadir á un príncipe lo  
 »que conviene; la adulacion y conformarse con  
 »su voluntad carece de dificultad y peligro. Si  
 »va á decir la verdad, cuanto uno es más co-  
 »barde, tanto es más libre en el blasonar de  
 »guerras y de armas. Á las veces, por parecer  
 »de los más cobardes se emprende la guerra,  
 »que se prosigue despues con el esfuerzo y  
 »riesgo de los esforzados. ¿Quién no sabe cuán-  
 »ta sea la fortaleza de aquella ciudad que que-  
 »reis acometer? ¿cuán grandes sus pertrechos,  
 »sus municiones, sus reparos? Diréis: Los ciu-  
 »dadanos nos llaman y convidan; como si ho-  
 »biese que fiar de una comunidad liviana y  
 »inconstante, y que volverá la proa á la parte  
 »de donde sopláre el viento más favorable.  
 »Destruir la tiranía y librar los oprimidos es  
 »cosa muy honrosa; es así, si juntamente y  
 »por el mismo camino no se quebrantasen las  
 »leyes de la piedad y agradecimiento y de  
 »toda humanidad. Dirá otro: no hay que hacer  
 »caso del juramento, pues su obligacion cesó  
 »con la muerte de los reyes pasados: verdad es;  
 »¿pero quién podrá engañar á Dios, testigo de  
 »la intencion y de la perpétua amistad que  
 »asentastes? Mas aina se puede temer no quie-  
 »ra vengar semejante desacato y fraude. No  
 »decimos esto, oh rey, por esquivar el trabajo  
 »ni el peligro; con el mismo ánimo que otras  
 »veces, estamos aparejados y prestos para se-  
 »guiros si fuere menester desarmados, desnu-  
 »dos y flacos; pero para tomar consejo, es justo  
 »que nuestras lenguas tengan libertad y vues-

»tras orejas se muestren á todo lo que se dijere  
 »favorables.»

Movieron estas razones al rey tanto más  
 que por boca de uno le parecia hablaba gran  
 parte de los que allí estaban: finalmente venció  
 el deseo que tenía de hacer aquella guerra y  
 conquistar aquella nobilísima ciudad en que  
 tantas comodidades se le representaban. Con  
 esta determinacion, les habló en esta sustan-  
 cia: «Bien sé, nobles varones, las muchas difi-  
 »cultades que en esta guerra se ofrecen, y que  
 »estos dias se han dicho muchas cosas á pro-  
 »pósito de poner os espanto y miedo; mas, ¿quién  
 »no sabe cuántas mentiras y cuán vanas se  
 »suelen sembrar en ocasiones semejantes? La  
 »cobardía y el miedo todo lo acrecientan y ha-  
 »cen mayor de lo que es en hecho de verdad.  
 »No diré nada del cargo de conciencia que nos  
 »hacen, ni del juramento y nota de ingratitud  
 »que nos acusan; las maldades de Hiaya nos  
 »descargarán bastantemente; al que su mismo  
 »padre, si fuera vivo, castigára con todo rigor,  
 »¿será razon que por su respeto le dejemos con-  
 »tinuar en ellas y en su tiranía tan grave?  
 »Alegan con la fortaleza de aquella ciudad el  
 »gran número de sus ciudadanos: la verdad es  
 »que al esfuerzo y valor ninguna cosa habrá di-  
 »fícil. Los que debajo la conducta de mi  
 »hermano D. Sancho y mia allanastes gran  
 »parte de España y ganastes de los moros mu-  
 »chas batallas campales, ¿por ventura serán  
 »parte estas hablillas para espantaros? Que si  
 »los enemigos son muchos, no será ésta la pri-  
 »mera vez que peleais con semejante canalla,  
 »gente allegadiza, sin concierto y sin orden, y  
 »que cuanto son más en número, tanto se em-  
 »barazarán más al tiempo del menester. Gente  
 »flaca es la que acometemos, y que por la larga  
 »ociosidad y el mucho regalo no podrán sufrir  
 »el trabajo y el peso de las armas. Ganado To-  
 »ledo, mis soldados, ¿quién será parte, quién  
 »os irá á la mano para que con las manos vic-  
 »toriosas no llegueis á los últimos términos de  
 »España? Remate de todos vuestros trabajos,  
 »premio y gloria inmortal, que con poco trabajo  
 »alcanzaréis para vos, para nuestros reinos y  
 »para toda la cristiandad. Parad mientes no se  
 »nos pase el tiempo en consultas y recatos, y



»lo que suele acontecer cuando los buenos in-  
 »tentos se dilatan, no nos parezca mejor con-  
 »sejo aquel cuya sazón fué ya pasada.»

Estas razones tan concertadas encendieron  
 los ánimos de todos los presentes para que con  
 toda voluntad se decretase la guerra contra los  
 moros. El rey, tomada esta resolucíon, se en-  
 cargó de juntar armas, caballos, vituallas, di-  
 neros, municiones y todo lo demas necesario.  
 Mandó levantar banderas y hacer gente por  
 todas partes: en particular llamó y convidó con  
 nuevos premios y ventajas los soldados viejos  
 que estaban derramados por el reino. En todo  
 esto se ponía mayor diligencia por entender  
 que los moros, avisados de todo lo que pasaba,  
 llamaban en su ayuda al rey moro de Bada-  
 joz, que á toda furia se aprestaba para acudi-  
 lles con toda brevedad. La priesa fué de ma-  
 nera que las unas gentes y las otras, los moros  
 y los cristianos, llegaron á un mismo tiempo á  
 Toledo; pero visto que el rey D. Alonso iba  
 acompañado de un campo muy lucido, solda-  
 dos diestros y muy bravos, los moros dieron la  
 vuelta sin pasar adelante en aquella demanda.  
 Sin embargo, no se pudo por entónces ganar  
 aquella ciudad, á causa que el rey moro de To-  
 ledo se hallaba á la sazón muy apercebido y  
 pertrechado de todo lo necesario, demas de la  
 fortaleza grande de la ciudad, que ponía á to-  
 dos espanto por ser muy enricada. Talaron los  
 campos, quemaron las mieses, hicieron presas  
 de hombres y de ganados, y con tanto se vol-  
 vieron á sus casas.

Comenzóse la tala el año que se contaba de  
 mil y setenta y nueve: continuóse el año si-  
 guiente, el tercero y el cuarto, sin alzar mano  
 algunos otros años adelante. Tomaron á los  
 moros los pueblos de Canales y de Olmos, que  
 caian cerca de aquella ciudad, y en ellos deja-  
 ron guarnicion de soldados que nunca cesaban  
 de hacer correrías y cabalgadas por toda aque-  
 lla comarca. Con estos daños comenzaron los  
 de Toledo á padecer falta de trigo y de otras  
 cosas necesarias para la vida. Susténtase la  
 ciudad de Toledo comunmente de acarreo, á  
 causa de que la tierra de su contorno es muy  
 falta por ser de suyo delgada y arenisca, y  
 por las muchas piedras y peñas que en ella hay:

las fuentes son pocas y sus manantiales cortos;  
 llueve pocas veces por caerle léjos la mar y ser  
 la tierra más alta de España; sólo por la vega  
 por do pasa el río Tajo hay una llanura y valle  
 no muy ancho, pero muy fértil y alegre.

En el mismo tiempo que se dió principio á  
 la conquista de Toledo, el Cid continuaba la  
 guerra en Aragon con mucha prosperidad: ga-  
 nó de los moros diversos castillos y pueblos  
 por toda aquella tierra; sólo para ser colmada  
 su felicidad le faltaba la gracia de su rey, que  
 él mucho deseaba. Sucedió muy á propósito  
 que el año de mil y ochenta se levantaron  
 ciertas revueltas entre los moros del Andalucía,  
 á causa que un hombre principal de aquella  
 nacion, por nombre Almofala, tomó por fuerza  
 el castillo de Grados. El moro, cuyo era, acudió  
 al rey D. Alonso para valerse de su ayuda  
 y recobrar aquella plaza. Lamábase este moro  
 Adofir. Al rey le pareció condescender con esta  
 demanda, y aprovecharse de aquella ocasion  
 que para adelantar su partido se le presentaba:  
 envió golpe de gente adelante, y él poco des-  
 pues con mayor número acudió en persona; el  
 moro contrario era astuto y mañoso, la guerra  
 iba á la larga. Temía el rey no se le pasase la  
 sazón de volver, como lo tenía comenzado, á  
 la conquista de Toledo: acordó llamar al Cid,  
 que en Aragon se hallaba, y encargalle aquella  
 empresa, por ser caudillo de tanto nombre, y  
 en todo aventajado y sin par. Venido le aco-  
 gió muy bien y trató muy amorosamente, co-  
 mo príncipe que de suyo era afable, y que sa-  
 bia con buenas palabras granjear las volunta-  
 des. Alzóle el destierro, y para más muestra de  
 amor, á su instancia estableció una ley perpé-  
 tua en que se mandó que todas las veces que  
 condenasen en destierro algun hijodalgo, no  
 fuese tenido á cumplir la sentencia ántes de  
 pasados treinta dias, como quier que ántes no  
 les señalasen de término más que nueve dias.

Volvió el rey á su empresa, y el Cid con-  
 cluyó aquella guerra del Andalucía á mucho  
 contento, ca recobró el castillo de Grados, so-  
 bre que era el debate, y prendió al moro que le  
 tomára, que envió al rey para que hiciese dél  
 lo que su voluntad fuese y por bien tuviese.  
 Esto pasó en el Andalucía aquel año: el si-



guiente de mil ochenta y uno, D. García, hermano del rey, pasó desta vida. Hízose desangrar, rompidas las venas, en la prision en que le tenían; tan grande era su disgusto y su rabia por verse privado del reino y de la libertad. Temia el rey D. Alonso que, como era bullicioso y de no mucha capacidad, no alterase los naturales y el reino. Ésta, entiendo yo, fué la causa de no querelle soltar en tanto tiempo, más que la ambicion y deseo de reinar; verdad es que despues de la muerte del rey D. Sancho tuvo la prision más libre y toda abundancia de comodidades y regalos, y aún no falta quien dice que poco ántes de su muerte le convidaron con la libertad, y no la aceptó, sea por estar cansado de vivir, sea por aplacar á Dios con aquella penitencia y afán; de que da muestra no querer le quitasen los grillos en toda su vida, ántes mandó le enterrasen con ellos, y así se hizo. Llevaron su cuerpo á la ciudad de Leon, y allí le sepultaron muy honoríficamente en la iglesia de San Isidro. Halláronse presentes al enterramiento y exequias sus dos hermanas las infantas, muchos obispos y otros grandes del reino. Su muerte fué á los diez años de su prision, y á los quince despues que comenzó á reinar.

El Cid, sosegadas las revueltas de la Andalucía, tornó á la guerra de Aragon, donde en una batalla venció al rey moro de Denia, por nombre Alfagio, y junto con él al rey de Aragon, D. Sancho, que viniera en su favor. Esta victoria fué muy señalada, tanto que el rey don Alonso le llamó para honrarle y hacerle mercedes segun que sus trabajos y virtudes lo merecian. Venido que fué, le hizo donacion por juro de heredad de tres villas, es á saber, Briviesca, Berlanga, Arcejona. Por otra parte el moro Alfagio se rehizo de gente, y con deseo de satisfacerse corrió las tierras de Castilla, hasta dar vista á Consuegra, villa principal de la Mancha. El rey, si bien estaba ocupado en la conquista de Toledo, acudió contra esta tempestad para rebatir el orgullo de aquel moro. Juntáronse los campos, adelantáronse las haces de una parte y de otra, dióse la batalla, en que pereció mucha morisma, y el rey moro se salvó por los piés y se retiró á cierto castillo. La

alegría desta victoria se aguló mucho á los cristianos con la muerte lastimosa, que sucedió en la pelea, de Diego Rodriguez de Vivar, hijo del Cid, mozo de grandes esperanzas, y que comenzaba ya á seguir la huella y las virtudes de su padre. Su cuerpo enterraron en San Pedro de Cardeña, y allí se muestra su lucillo. Alfagio el moro, aunque vencido en las dos batallas susodichas, no acababa de sosegar; ántes, recogida más gente, rompió otra vez por tierras de Castilla, sin reparar hasta Medina del Campo, pueblo bien conocido y principal. Salió en su busca Alvar Yañez Minaya, deudo del Cid, persona de valor, y llegado á aquellas partes, tuvo con él un encuentro, en que tercera vez quedó vencido y desbaratada su gente.

Esto pasó el año de Cristo mil ochenta y dos, en el cual año D. Ramon, Cabeza de estopa, conde de Barcelona, cerca de un pueblo llamado Rercha, puesto entre Ostarlito y Girona, fué muerto alevosamente. Su mismo hermano don Berenguel le paró aquella celada yendo camino de Girona, y le hizo matar. Estaba mal enojado contra él, despues que su padre, sin embargo que era hijo menor, se le antepuso en el estado de Barcelona. Disimulólo al principio, y mostró sentimiento por la muerte de su hermano; pero como quier que semejantes maldades pocas veces se encubran, sabido el caso, cayó en aborrecimiento de la gente, tan grande, que no sólo no alcanzó lo que pretendia, ántes por fuerza le privaron de lo que era suyo. Lo que le quedó de la vida pasó miserablemente, pobre, desterrado y vagabundo, y aún se dice que de repente perdió la habla en Jerusalem, do los años adelante fué á la conquista de la Tierra Santa, y allí le sobrevino la muerte. El cuerpo de D. Ramon sepultaron en la Iglesia Mayor de Girona.

Sucedióle D. Ramon Arnaldo, su hijo, de tan poca edad que aún no tenía año cumplido; pero fué muy señalado por el largo tiempo que gozó de aquel estado, igual á cualquiera de sus antepasados por la grandeza y gloria de sus hazañas, demas que ensanchó mucho su señorío, no sólo con la parte que quitaron al matador de su padre, sino porque en su tiempo fal-



taron legítimos descendientes á los condes de Urgel y de Besalú, por donde aquellos estados recayeron en él como movientes del condado de Barcelona y feudos suyos. Y aún en la parte de Francia, que se llamó la Gallia Narbonense, se le juntó los años adelante el condado de la Proenza por vía de casamiento y en dote, porque casó con doña Aldonza, que otros llaman doña Dulce, hija de Gilberto, conde de la Proenza. Deste matrimonio nacieron dos hijos, D. Ramon y D. Berenguel, y tres hijas, la una dellas se llamó doña Berenguela, que casó con D. Alonso el emperador; los nombres de las otras

dos no se saben, mas es cierto que casaron en Francia muy principalmente. Tuvo este príncipe contienda y áun guerra muy reñida con Alonso, conde de Tolosa, señor muy principal y muy vecino á su estado; pero despues de largos debates se concertaron en que recíprocamente se prohijasen el uno al otro de tal guisa que en cualquier tiempo que á cualquiera de aquellas casas faltase sucesion, hobiese aquel estado el otro ó sus descendientes; pero esto pasó mucho tiempo adelante: volvamos á la guerra de Toledo en que estábamos.